



**Carmen Centeno Añeses, *Lengua, identidad nacional y posmodernidad. Ensayos desde el Caribe*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Huracán, 2007.**

Situada en una disputada zona del Caribe, convertida en bastión militar español desde el siglo XVI, y en colonia norteamericana en 1898, la isla de Puerto Rico es un territorio imprescindible para repensar las Américas. Esta tesis inicial recorre veladamente los diez ensayos que conforman *Lengua, identidad nacional y posmodernidad*, de Carmen Centeno Añeses.

Los cinco primeros ensayos del libro abordan desde diferentes perspectivas el tema clave de la identidad nacional. En ellos se va configurando un marco teórico, que recoge los aportes de diversas disciplinas (la historia y la crítica cultural, el análisis sociolingüístico y literario, los estudios postcoloniales y subalternos) y que articula numerosos puntos de debate. De ese modo, se van desgranando, poco a poco, los múltiples factores que confluyen en ese constructo simbólico que vendría a ser la identidad puertorriqueña.

Un primer eje identitario es la pertenencia caribeña. Puerto Rico es parte de las Antillas, un espacio plurilingüe, donde conviven las lenguas de los conquistadores —el inglés, el español, el francés, el portugués, el holandés— con diversas lenguas criollas. Sin embargo, el Caribe hispánico, compuesto por Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, presenta una gran homogeneidad lingüística porque carece de una población indígena. Desde el punto de vista de Carmen Centeno, el idioma español resulta un punto de partida para pensar la nacionalidad, pero ya no asociado con una hispanofilia restringida al imaginario de Castilla, sino con una concepción integral y compleja de lo hispánico, capaz de abrazar sus raíces bereberes, moras, judías y gitanas. La recuperación y puesta en valor de la herencia española es mucho más que una cuestión lingüística; constituye una vía de resistencia frente a la condición de *Commonwealth* o Estado Libre Asociado, que Puerto Rico posee a partir de 1952. Desde la invasión y el cambio de soberanía en 1898, los norteamericanos impusieron la enseñanza obligatoria del idioma inglés en la isla. Centeno interpreta el reparto masivo de libros de texto escolares en esta lengua como un caso significativo de la infantilización a la que Estados Unidos sometió a los países que tomaba como botín de guerra, circunstancia que también tuvo lugar en Filipinas.

En Puerto Rico la lengua materna no es la única que se utiliza. Los problemas derivados de este hecho han sido analizados extensamente por los intelectuales, y sobre ellos vuelve Centeno en dos ensayos: “Subalternidad y lenguaje en tiempos de globalización” y “De globalización, lengua e hibridez”. Hay quienes denuncian que existe demasiada tolerancia de préstamos del inglés, lo cual lleva eventualmente al empobrecimiento del castellano; por otra parte, se ha comprobado la preeminencia absoluta de la lengua foránea en el mundo

de los negocios y de la medicina. La conclusión de la autora al respecto es que el bilingüismo implica siempre un equilibrio inestable, pues resulta indefectible la pérdida de una lengua cuando ésta se encuentra en circunstancias económicas y sociales que la perjudican, o bien cuando no existen líderes de la comunidad que elijan expresarse en esa lengua por encontrarse “alienados” en la educación extranjera.

A caballo entre ambas lenguas, aparece el sujeto híbrido, hablante del inglés o del *spanglish*. Pero la cuestión idiomática no es sólo cultural y política, es también territorial. Centeno argumenta que la diáspora puertorriqueña en los Estados Unidos exige comprender el concepto de nación en sentido amplio, con la posibilidad de contemplar tanto a los habitantes de la isla como a los más de tres millones de puertorriqueños residentes en el país del norte. Y dentro de éstos, la presencia de diversos sectores: los acabados de llegar y los nacidos en Brooklyn de padres puertorriqueños; los que regresan al Caribe después de años en los Estados Unidos (emigración de retorno) y los que van y vienen de la Isla a la metrópolis y de la metrópolis a la Isla (emigración circular). La fuerza de la identidad nacional tiene orígenes lejanos, historias, símbolos y mitos que marcan profundamente a las colectividades otorgándoles cohesión. Es conocido el impacto de las diversas celebraciones de la cultura puertorriqueña en Estados Unidos, que incluyen festivales de arte, actividades folklóricas, concursos de trovadores de décimas y presentaciones de libros. Las idas y vueltas del intercambio cultural favorecen, por ejemplo, la inclusión del “Pollo boricua” en el menú que anuncia la cadena norteamericana Church’s Fried Chicken.

Los planteos de Carmen Centeno se fundan en las conocidas propuestas metodológicas de Frantz Fanon, Edward Said, Gayatri Spivak, Homi Bhabha y Stuart Hall, entre otros. Su novedad es la aplicación de este corpus teórico al campo de la cultura local, donde resultan en muchos casos más pertinentes los aportes —tantas veces “invisibilizados” por la crítica anglosajona— de intelectuales latinoamericanos como Néstor García Canclini, Antonio Benítez Rojo, Walter Mignolo y Julio Ramos. Esta síntesis heurística puesta al servicio de la crítica cultural se destaca en los dos artículos que la autora dedica al análisis de textos literarios. Su lúcida lectura de las novelas de Magali García Ramis, Esmeralda Santiago, Mayra Santos Febres y Félix Córdova Iturregui rastrea una diversidad de posiciones respecto a la cultura nacional. Si la sátira del yanqui se hace presente en *El sueño de América* (1997), de Santiago, a través de su conocido afán higienista y de la ideología del progreso, en los textos de Santos Febres la historia se reescribe desde la mirada de un personaje marginal, como lo fue la prostituta Isabel Luberza. En las obras de los cuatro autores puertorriqueños se expresan también las tensiones internas de la sociedad isleña: “En este país, que se ha movido a través de prohibiciones de corte colonial, los ricos nunca han sabido quiénes son. Se han sentido españoles, europeos, estadounidenses, pero nunca han actuado como un grupo social puertorriqueño”, dice un personaje de *El sabor del tiempo* (2005), de Córdova Iturregui.

El impacto de los imaginarios sociales repercute en la creación artística, y, por lo tanto, el análisis de los productos culturales permite descubrir conflictos sociales no resueltos, intersticios de diálogo y zonas de resistencia. La literatura recurre a diversas estrategias para llamar la atención sobre la pregunta identitaria: una de ellas es la que Centeno denomina “retórica de la diferencia”, que se centra en la lengua, la raza, las costumbres y las tradiciones de la cultura subalterna; otra estrategia es documentar el cambio, las negociaciones entre la cultura dominada y la dominante, y las nuevas identidades que se gestan en la desterritorialización a causa de las emigraciones. En los casos más sutiles, la ficción narrativa evita caer en la lectura utópica de lo nacional popular.

Otro campo de contacto entre la esfera literaria y el imaginario social remite al papel que juega la identidad afroantillana en todo el Caribe, especialmente notoria en su religiosidad sincrética, fruto del mestizaje. En “El pedúnculo mágico: el discurso sobre la lengua en la narrativa de Rosario Ferré, Magali García Ramis, Ana Lydia Vega y Esmeralda Santiago”, Centeno se centra en la narrativa escrita por mujeres. Allí observa que al componente de la subalternidad se suma el factor de género, denunciando la tradicional exclusión femenina del poder y la existencia recurrente de voces silenciadas. Si el planteo más habitual sigue siendo cómo subvertir el lenguaje (anglosajón) del imperio, la propuesta novedosa de Rosario Ferré es mostrar que el español asociado al nacionalismo isleño también puede funcionar como lengua imperial. Por su parte, las ficciones de Magali García Ramis dan a entender que no hay buenos y malos asociados a una clase social o una bandera determinada. Con el telón de fondo de los avatares de los *spiks* en Nueva York o Chicago, uno de sus relatos cuenta las peripecias de una mujer puertorriqueña que no domina las sutilezas fonéticas del inglés, en un contexto monolingüe y homogeneizante de las esferas sociales más bajas de la sociedad norteamericana.

A continuación, la autora dedica un artículo a realizar un balance, a más de treinta y cinco años de su origen, del trabajo *Calibán. Apuntes sobre la cultura en nuestra América* (1971) de Roberto Fernández Retamar. Sin esconder su obvia inscripción en la cultura oficial cubana, el texto clásico de Fernández Retamar pensaba la identidad latinoamericana desde la hibridez y la multiculturalidad, superando las categorías decimonónicas de civilización y barbarie e intentando desviar el discurso antioccidental hacia uno posoccidental, como lo ha señalado Mignolo. A modo de conclusión, la autora expresa que, si bien Retamar alimentaba la utopía de un socialismo castrista independiente del modelo ruso, su *Calibán* mestizo rescataba también la visión integradora de José Martí como expresión de un intelectual de pensamiento complejo y anti-maniqueo, y, por lo tanto, una figura inspiradora para las nuevas generaciones.

El noveno artículo incluido en *Lengua, identidad nacional y posmodernidad* examina la situación del ensayo puertorriqueño a partir de la confrontación de diversos textos escritos por cuatro autores centrales: Héctor Meléndez, Carlos Pabón, Juan Duchesne Winter y Rafael Bernabe. En los textos altamente

provocadores y eruditos de estos ensayistas, Centeno advierte la formación de “nuevas reconfiguraciones de lo nacional y lo identitario”. En contrapartida, el último ensayo del libro indaga acerca de la ausencia de trabajos referidos a Puerto Rico y el *Commonwealth* en el seno de los estudios postcoloniales y subalternos. De ese modo, la autora inaugura un camino que invita a que nuevos estudios continúen las líneas de investigación aquí planteadas.

Una mirada de conjunto a los diez ensayos que reúne el volumen de Carmen Centeno permite inferir que éstos se pueden leer desde dos ópticas complementarias. Por un lado, resultan una excelente introducción a las polémicas de la última década entre los “puertorriqueñistas” y los llamados “posmodernos”, dada su prolija y minuciosa reseña de los debates más recientes surgidos en la prensa, las publicaciones académicas y las aulas universitarias de la isla. Por otro lado, constituyen una sólida demostración de la hipótesis sobre la cual crece cada día un mayor consenso entre los ensayistas puertorriqueños y los americanistas en general: la identidad nacional no puede ser conceptualizada como una esencia fija y es preciso abordarla en un escenario complejo y cambiante, donde continuamente se deconstruyen y se reformulan mitos del pasado, al tiempo que se erigen nuevos símbolos de la realidad social en un contexto intercultural y transnacional. Tal vez por eso, Centeno decide concluir el libro con la frase esperanzadora de García Canclini que asegura que, “en tiempos de globalización, no hay simple americanización del mundo”.

*María Lucía Puppo*  
*Universidad Católica Argentina*  
*Consejo Nacional de Investigaciones*  
*Científicas y Técnicas*

**Francisco Silvela, *La Filocalia o arte de distinguir a los cursis de los que no lo son*, prólogo de Mario Merlino, Madrid, Trama Editorial, 2007.**

La palabra *cursi* forma parte de nuestra lengua diaria y, por ello, no pensamos en su origen, en su evolución, sino que la asumimos como si siempre hubiera existido. Pero lo *cursi* tiene su historia y para entender este término hay que explorarla. Eso sí, su etimología no queda clara: Corominas la remonta a la cultura marroquí, mientras que Tierno Galván —sí, el nada *cursi* de don Enrique, el erudito profesor antifranquista que fue digno alcalde del Madrid de la Movida, se ocupó del tema en un enjundioso ensayo que todavía es de gran valor y no deja de sorprender por las asociaciones que en el mismo se establecen entre lo *cursi* y la sociedad española— asocia el término al comercio decimonónico y a la letra cursiva. Pero lo que sí sabemos de manera clara y precisa es que el término *cursi* cobra vida en el siglo XIX en España, que queda asociado con la nueva burguesía de ese país y que en el mundo germánico —y más tarde en el angloamericano— se identifica con lo “kitsch” (aunque no son exactamente la misma cosa).

Los que nos interesamos por este apasionante y aparentemente superficial tema ya sabíamos de la existencia del primer ensayo sobre lo *cursi* escrito en 1868 por Francisco Silvela (1843-1905), pero no habíamos podido leerlo. Sabíamos del mismo por el excelente texto de Tierno Galván: “Aparición y desarrollo de nuevas perspectivas de valoración social en el siglo XIX: lo *cursi*” (1961). Ahora, por suerte, ha sido reeditado con un excelente prólogo de Mario Merlino. Esta breve pero importante publicación pone de nuevo en circulación ese texto, lo que nos hace meditar, una vez más, sobre los misteriosos orígenes de lo *cursi*.

Quizás la primera forma de hacerlo sea indagar sobre el autor de este ensayo. ¿Quién fue Francisco Silvela? Poco sabemos sobre este político y escritor menor, quien tuvo que haber tratado asuntos de política puertorriqueña, ya que fue presidente del Consejo de Ministros de España justo en 1898, cuando se negociaba el futuro político de la isla tras la derrota española en la guerra con los Estados Unidos. Por su despacho tuvieron que pasar páginas nada *cursis* que determinaron nuestro futuro nacional. Silvela fue miembro de la Real Academia y su obra se recogió póstumamente en 1923. Los datos sobre el autor del primer ensayo sobre lo *cursi* son esquemáticos, pero nos sirven para entender su texto y el problemático concepto de lo *cursi*. Nos sorprende, eso sí, que originalmente el ensayo aparecía como obra de Silvela y de un tal Santiago Liniers, aunque, en esta nueva edición, el nombre del segundo desaparece de la portada sin explicación alguna.

¿Por qué es importante este ensayo? Por una parte, porque fue el primero,

lo que indica que ya para mediados del siglo XIX en España se manejaba el concepto de lo cursi con frecuencia y soltura. Por otra parte, porque Silvela describe muy tempranamente lo cursi de manera que aún hoy es válida y efectiva. Por ejemplo, lo asocia con la intención de ser lo que no se es. Es obvio que nuestro primer teórico de lo cursi defiende unas posiciones sociales y estéticas fijas, canónicas y hasta conservadoras: lo cursi se produce, según él, porque la nueva burguesía española quiere subir de rango y, al así hacerlo, falsifica sentimientos e ideas. El autor defiende a la aristocracia de su país y trata de ponerle cotos a la nueva burguesía, al denunciar su imitación de la clase dominante. Mucho de lo que Silvela decía en 1868 es válido aún hoy, ya que lo cursi se sigue asociando con insistencia con los nuevos ricos. Además, para definir lo cursi, Silvela se vale de un tono humorístico que mucho tiene del jugueteo y la pose de aceptación y de burla que asociamos con lo que llamamos "camp". Es obvio que el autor defiende reglas estéticas fijas, sobre todo, el "buen gusto" que controla una clase, la aristocracia. Sin embargo, su actitud lo traiciona y, pese a su defensa de unos principios estéticos estrictos y hasta reaccionarios, en el fondo no sólo ataca a lo cursi, sino que lo defiende en la medida en que para atacarlo escribe de manera conscientemente cursi. Es decir, es cursi para atacar la cursilería. Éste es un riesgo que se toma todo el que se acerca demasiado al peligroso fuego del llamado mal gusto.

Por su vigencia y por remontarnos a los orígenes mismos del fenómeno, el texto de Silvela es de importancia, aun para los que desprecien lo cursi. Ahora que el texto se hace de más fácil acceso —a pesar de su publicación en una editorial española de escasa circulación— habría que releer con detenimiento este ensayo seminal, pues nos remonta a los orígenes mismos de lo cursi.

*Efraín Barradas*  
*Universidad de la Florida*